

Buenas noches a todos.

Soy el hermano menor de Marta y todavía me sorprende que me hayan dado un micrófono sin supervisión. Gracias por estar aquí, especialmente a quienes viajaron desde lejos para acompañarlos hoy; vuestra presencia hace grande este día.

Quiero empezar con una imagen que siempre me hace sonreír: Marta y Diego con un mismo perro de la protectora, cada uno agarrado a un lado de la correa, discutiendo con total seriedad quién lo iba a sacar a pasear. Al final, el perro se fue de paseo... y ellos a tomar café. A partir de ahí, yo me convertí en el confidente oficial: mensajes nerviosos, “¿le escribo ahora o mañana?”, y esa mirada que yo ya conocía de casa cuando a Marta le importa de verdad algo.

Marta, tú siempre fuiste empática hasta el detalle más pequeño, y perseverante al punto de volver a intentarlo cuando cualquiera se rendiría. En nuestra infancia, eso significó que yo tuve socia para travesuras... y también alguien que no se iba a dormir hasta dejarme una nota si habíamos discutido. Te gusta cuidar de los demás sin hacer ruido; desde entonces supe que, el día que encontraras a alguien que cuidara de ti con la misma paciencia, tenías un compañero para toda la vida.

Ahí entra Diego. Paciente como pocos, creativo para encontrar soluciones donde sólo había un “luego vemos”, y muy familiar desde el primer día. Recuerdo una tarde en casa, con un mueble imposible y un manual en otro idioma. Diego atornillando sin perder la calma, Marta midiendo por segunda vez “por si acaso”, y yo haciendo de soporte moral con una linterna. No fue el mueble más recto del mundo, pero fue la primera vez que pensé: así funcionan, uno sostiene y el otro ilumina, y se van turnando.

Como pareja transmiten algo que no se puede fingir: calma y confianza. Lo ves en lo sencillo. En cómo se escuchan cuando no están de acuerdo, en cómo se hacen sitio en la cocina sin chocar, en cómo recuerdan el cumpleaños de medio mundo y al mismo tiempo se dejan el paraguas los dos. Lo ves en que, cuando alguien de la familia necesita ayuda, aparecen con una bolsa de comida y un “ya estamos aquí”.

Diego, gracias por querer a Marta como la queremos nosotros, y por sumarte a esta familia con tus ideas y tu humor tranquilo. Eres de esos que miran antes de hablar, y que hacen antes de prometer. Y eso, para una hermana como la mía, es oro puro.

Marta, a ti no te sorprende que diga esto, pero igual lo necesito decir en voz alta: me has enseñado más con tus actos que con tus consejos. Que los detalles importan, que la perseverancia también se parece a la ternura, y que pedir ayuda puede ser una forma de fortaleza. Hoy te veo feliz, con los pies en la tierra y la mirada al frente, y me siento orgulloso de ser tu hermano.

Hay alguien a quien nos habría gustado ver aquí, y sé que a muchos nos viene a la cabeza: el abuelo Joaquín. Le habría encantado esta mesa larga, el ruido de la familia, y verte, Marta, empezar esta etapa con alguien como Diego. Estoy seguro de que hoy estaría sonriendo y diciendo, muy bajito, “esto está bien”.

A los que han venido desde lejos, de verdad, gracias por el esfuerzo. A los amigos que estuvieron en las buenas y las no tan buenas, gracias por sostener, empujar y celebrar. Y a las dos familias, gracias por criar a dos personas que saben querer sin prisa y con intención.

Mi deseo para ustedes es sencillo y grande a la vez: que tengan salud para disfrutar de todo lo que están construyendo, y amor del que hace hogar en los días comunes. Que sigan encontrando al mismo perro en la misma puerta, discutiendo con cariño por quién lo pasea, y terminando juntos el café.

Y ahora, si me acompañan, levantemos nuestras copas por Marta y Diego: por la

calma que comparten, por la confianza que inspiran y por una vida larga, con amor y salud, hecha de esos detalles que lo cambian todo. ¡Salud!

Este discurso fue creado con discursoboda.es. Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora en discursoboda.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursoboda.es